

# 1

## Nash

Siempre es igual. El sueño comienza con la sensación de que me quitan un peso de los brazos. Y por eso sé lo que viene a continuación, que voy a bajar la vista a mis pies y mis manos y veré que la caja de provisiones que llevaba al barco descansa ahora sobre las tablas desteñidas del embarcadero.

Me incorporo, saco el móvil del bolsillo y comienzo a mover el pulgar por encima de la pantalla, que vuelve a la vida con un intenso brillo. Activo la aplicación de la cámara y levanto el aparato hasta que veo que la chica está encuadrada perfectamente en la superficie iluminada.

Ella está encima de la cubierta superior de un barco, al otro lado del muelle. Su embarcación se mece con suavidad contra el embarcadero. Es un barco increíble, pero no es eso lo que me interesa. En absoluto, lo que ha llamado mi atención es la chica; es joven y rubia, y está haciendo topless.

Le brilla la piel por el aceite bronceador y el sol parece reflejarse en las firmes redondeces de sus pechos. Son perfectos, de esos que dan ganas de apretar hasta arrancar a su dueña un gemido. Corre algo de brisa y, aunque es cálida, consigue que se le ericen los pezones. Son sensuales, rosados y hacen que me palpite la polla.

¡Joder! ¡Me encanta el puerto!

Alguien choca contra mi hombro y hace que pierda la imagen de la chica en el teléfono. Me giro y me fijo en el anciano que camina sin prisa por el embarcadero. Me trago el comentario sarcástico que me arde en la punta de la lengua. Cash no

se molestaría; no se calla ni debajo del agua. Pero yo no soy Cash.

Ignoro al viejo y vuelvo a mirar al yate, a la chica en topless con sus grandes pechos. Pero antes de que logre enfocarla con la cámara de nuevo... me llama la atención otra cosa.

Hay un hombre de pie al final del embarcadero, en el borde, junto a la orilla, apoyado contra la pared del local donde se venden artículos de alimentación básicos y gasoil para los yates que amarran en el puerto deportivo. Parece un tipo normal, pero hay algo en su apariencia que parece... llamar la atención. Lleva pantalones. Pantalones de vestir. Y está sacando algo del bolsillo. Parece un móvil, pero no lo es. Con el zoom de la cámara de mi teléfono, veo que es un objeto cuadrado, negro y liso, con un pequeño botón rojo en la parte superior.

Percibo que mueve el pulgar sobre el botón justo antes de que algo impacte contra mí con tanta fuerza que me hace caer en el agua.

Después... nada.

No sé si he estado flotando en el agua durante minutos, horas o incluso días. Me encuentro boca arriba cuando mi cabeza impacta repetidas veces con uno de los pilares del embarcadero.

Dolorido, tenso los músculos y me giro sobre mí mismo. Nado con rígida lentitud hacia una de las diferentes escaleras que salpican la longitud del embarcadero. Subo chorreando agua y miro a mi alrededor para ver qué es lo que provocó la fortísima explosión que escuché justo antes de ser arrojado al agua.

En el momento en que me vuelvo hacia el lugar donde estaba amarrada la embarcación de mi familia, veo a un grupo de personas reunidas allí. Necesito más de medio minuto para interpretar lo que estoy viendo, el casco del barco vacío, piezas de madera en llamas salpicando el muelle, trozos de mobiliario astillado flotando en el agua... y humo. Un montón de humo. Y susurros. Y a lo lejos, aunque cada vez más cerca, sirenas.

Me despierto de la pesadilla de golpe, como siempre. Estoy sudando y tengo la respiración entrecortada, igual que todas las demás veces. Mi rostro está bañado en lágrimas, como en cada

una de las ocasiones anteriores. Ha pasado tanto tiempo desde la última vez que tuve este sueño, que no recuerdo lo devastado, vacío y... enfadado que me hace sentir.

Pero ahora lo recuerdo. Sí, lo recuerdo con perfecta claridad. Y precisamente hoy, es como echar gasolina a un fuego enfurecido.

Me siento en la cama para recuperar el aliento. Las leves punzadas de dolor me recuerdan lo que ocurrió anoche. Todo inunda mi mente de golpe, alimentando todavía más mi furia.

Hasta que una mano pequeña y fría me toca el hombro.

Me vuelvo y veo a Marissa sentada detrás de mí, apoyada en el codo, mirándome con esos preciosos ojos azules, somnolienta. Antes de que pueda pensar lo que estoy haciendo, toda la amargura, la rabia y la agresividad que reprimo en mi interior se canalizan hasta transformarse en pura lujuria. La necesidad de devorar, de perderme en algo distinto, borra todo lo demás y me sumerjo... en ella.

Me muevo con rapidez sobre ella y aprieto su cuerpo contra el colchón. Su suave jadeo resuena en mis oídos cuando aplasto sus labios con los míos. Me trago el sonido, el miedo, el deseo... Lo atrapo todo y alimento a la bestia que pugna en mi interior.

Deslizo la lengua en su boca; su sabor es dulce como la miel. Introduzco la rodilla entre sus muslos para separárselos y poder acunar mi pelvis sobre la de ella.

Hasta que no deslizo la mano por el borde de su camiseta no me doy cuenta de que está rígida. Alzo la cabeza para mirarla; me observa con los ojos muy abiertos, sorprendida y un poco aterrada.

## 2

### Marissa

Nash deja de besarme justo cuando estaba a punto de olvidarme de mí misma. Y eso hubiera sido un desastre.

¿Verdad?

Aguanto la respiración mientras me mira fijamente. Incluso a pesar de la tenue luz, puedo ver que la conciencia aparece de nuevo en sus ojos oscuros. Algo se había apoderado de él. Y era algo que me gustó aunque no debería hacerlo. Nada parecía ser igual después de que me secuestraran, ¿por qué esto iba a ser diferente?

Me pregunto de manera distraída si mi vida volverá a ser igual. Si quiero que lo sea.

Me siento vacía cuando Nash se separa de mí para quedarse tumbado boca arriba en la cama con un brazo sobre los ojos.

—Quizá deberías mantenerte alejada de mí. —Su voz es un sonido ronco en la oscuridad.

—Lo sé —replico con honestidad. Y es cierto que lo sé. Que tiene razón. Debería mantenerme alejada de él. Pero también sé, en el fondo de alguna parte de mi ser, que no lo voy a hacer. No puedo. Me siento atraída por él del mismo modo que por el agua o el aire. No sé por qué y no me siento cómoda con ello, pero soy lo suficientemente inteligente y racional como para admitirlo. Para reconocer y darme cuenta de que tengo que tratar con él. La cuestión es cómo conseguirlo.

Tras unos segundos en silencio, Nash levanta el brazo con el que se cubre la cara y gira la cabeza para mirarme.

—Entonces, ¿qué coño estás haciendo todavía aquí?

Miro sin parpadear las ardientes profundidades furiosas de sus ojos y, a pesar del peligro que sé que se oculta en su interior, dentro de él, no soy capaz de levantarme y salir de la habitación. No puedo alejarme de este hombre. No puedo... Todavía, no.

—Te necesito —susurro con sencillez. Y es cierto. Me hace sentir protegida. A salvo.

Nash abre la boca como si fuera a responder, pero las palabras no surgen. Solo me mira con esos ojos fríos y calientes a la vez. Esos ojos tan parecidos a los de Cash, a los del Nash que yo conocía y, a la vez, totalmente distintos. Diferentes a todos los que he visto antes.

Los que he visto y sentido.

—Tengo problemas —suelta después de una pausa muy larga.

—Lo sé.

Otra pausa.

—Es probable que te haga daño.

Tragué saliva. Sé que es cierto, pero escuchar las palabras en voz alta, reconocerlas, es algo diferente por completo.

—Lo sé —admito de nuevo.

—Luego no digas que no te advertí.

—Lo sé —repito, preguntándome si he perdido la cabeza además de la fluidez verbal.

Después de permanecer unos segundos mirándome, Nash se gira sobre su costado ileso.

—Date la vuelta —me pide con la voz ronca.

No estoy segura de por qué lo hago, pero sigo su indicación sin hacer preguntas. Estoy bastante segura de que sí; me he vuelto loca.

Me pongo de costado, de espaldas a él, y apoyo la mejilla en las manos. En mi cabeza dan vueltas un montón de preguntas sin respuesta y una miríada de imágenes me acecha desde la oscuridad. Al mismo tiempo que noto una intensa sensación de pánico en el pecho que sube hasta mi garganta, Nash me pone el brazo en la cintura y me acerca a su cuerpo, amoldando a su pecho la curva de mi espalda. Me da la impresión de que está haciéndolo casi a regañadientes. No tengo la sensación de que me

esté dando consuelo ni que lo esté buscando para sí mismo, es casi como si se resistiera a ayudar, a empatizar con las emociones de otras personas. Nash es un hombre solitario varado en una isla de ira y amargura. Necesita ser rescatado, solo que él todavía no lo sabe.

Sin embargo sus motivos dan igual, el efecto sigue siendo el mismo. De hecho, cada vez es más intensa la idea de que podría necesitarme tanto como yo siento que lo necesito a él. Al instante, mi mente se apacigua y el pánico se disuelve. En ese momento me doy cuenta de que sí, Nash es un problema, y no, no me voy a mantener alejada de él. Ni hablar.

Y no sé por qué.

La siguiente vez que abro los ojos veo unas rendijas de luz asomando por debajo del borde de las cortinas y me pongo a escuchar los sonidos a mi alrededor.

La respiración de Nash es muy profunda y siento su aliento en el lateral del cuello. Al ser consciente de su duro cuerpo apretado contra mi espalda, me estremezco de pies a cabeza.

No sé lo que provoca en mí. Jamás había reaccionado de esta manera con un hombre. No había sentido nada parecido. Y he salido con su hermano, ¡por el amor de Dios! Sin embargo, no fue así. Esto es algo más... más salvaje. Algo diferente.

Oigo el sonido de una puerta. Suena como si proviniera de la habitación de Olivia. Alguien debe de estar despierto.

Olivia.

Me siento culpable cuando pienso en ella.

¿Cómo puede ser tan amable conmigo? ¿Cómo puede haber arriesgado tanto para salvarme, cuando siempre la he tratado tan mal? Es algo que escapa a mi comprensión. Hace que tenga ganas de ser digna de su generosidad y sinceridad, aunque dudo poder llegar a serlo.

Se me ocurre una idea y me levanto lentamente de la cama para no despertar a Nash, dispuesta a irme a la cocina. Me alegra comprobar que Olivia ha mantenido la nevera surtida mientras

yo no estaba. Tras coger los huevos de su sitio, en la puerta del refrigerador, abro el congelador para sacar salchichas y patatas. Lo dejo todo sobre la encimera antes de coger un bol y tres sartenes de diferentes tamaños de la alacena, que dejo sobre los fogones. Estudio con orgullo los progresos que he hecho hasta el momento, me subo las mangas y me dispongo a cocinar un gran desayuno para todos. Doy un brinco asustada cuando escucho una tosecilla a mi espalda.

Me giro con una sonrisa, esperando ver a Olivia en la puerta, pero mi gesto se atenúa considerablemente —así como la sinceridad que lo acompañaba—, cuando veo que el que ocupa aquella posición es Cash.

—¿Qué estás haciendo? —me pregunta.

—El desayuno —respondo, tratando de contener el tono de sarcasmo mientras me vuelvo hacia la comida—. ¿Qué te parece?

—Tú no sabes cocinar —anuncia Cash con rotundidad.

—Nunca es demasiado tarde para aprender. —No me molesto en mirarlo; concentro la atención en los huevos que comienzo a verter en el bol según los casco.

—Deja de actuar, Marissa, estamos solos. No tienes que fingir delante de mí. No te olvides de que te conozco muy bien.

—Quizá me conocías antes. Las dos personas que éramos antes se conocían, pero eso es cosa del pasado. Ahora todo es diferente.

—¿Hablas en serio? —No hay duda de que piensa que eso es imposible, y me irrita.

Me giro hacia él usando el batidor como un arma acusatoria.

—No actúes como si fueras mejor que yo. Has mentido a todo el mundo; a todos los que eran tus amigos o tus compañeros de trabajo. Me has utilizado por mi posición, porque querías tener acceso a mi padre para obtener un trabajo en el bufete. Hiciste lo que consideraste necesario para conseguir tus metas, y lo hiciste sin remordimientos, así que no te atrevas a escupir esa pía-dosa indignación delante de mí. No te olvides de que yo también te conozco.

Me enfurezco todavía más al ver que él parece absolutamente impasible.

—Es cierto, pero ese no era mi verdadero yo. Jamás he sido yo de verdad, solo la persona que quería que vierais; lo que más me convenía delante de los demás.

—Puedes juzgarme todo lo que quieras, incluso justificarte, lo cierto es que no me importa lo que pienses ni tengo que demostrarte nada. Estoy en deuda con Olivia y, mientras pueda arreglar las cosas con ella, me importa una mierda lo que tú pienses.

Dicho eso, me vuelvo hacia el bol lleno de huevos crudos y me pongo a batirlos con todas mis fuerzas.

Lo que más me irrita de todo es que Cash tiene razón, no merezco una segunda oportunidad. No merezco que confíen en mí; todos saben cómo era. Y tengo la impresión de que jamás conseguiré hacerles cambiar de opinión.

Pero eso no significa que vaya a dejar de intentarlo. Llegados a este punto, solo me importan algunas opiniones. Voy a centrarme en ellas y a olvidarme del resto.

Escucho los pasos de Cash cuando sale de la cocina, aunque se detiene al momento. Dejo de batir para escucharle.

—Lamento lo que pasó, Marissa. Ni siquiera alguien como tú merece verse afectado por la mierda que envuelve mi vida.

No digo nada y reina el silencio mientras él espera una respuesta. Al ver que esta no llega, se aleja de nuevo. Trato de ignorar cómo me afecta su evidente disgusto. Lo cierto es que no me importa lo que piense, pero es inquietante saber que alguien opina así. ¿De verdad era tan mala?

—No le hagas caso, Marissa —escucho otra voz antes de que pueda odiarme de nuevo a mí misma. Esta vez se trata de Olivia. La miro; está despeinada y tiene una expresión somnolienta, aunque tan dulce como siempre. Me siento avergonzada de que haya escuchado lo que ha dicho Cash—. Es como un oso con una espina clavada en la pata. No sé qué le ocurre. —Su sonrisa rezuma bondad. Sé que solo trata de excusar el comportamiento de Cash, pero me siento peor. ¿Ha salido siempre en mi defensa de esa manera? ¿He sido siempre tan indigna con ella?

Noto el estómago revuelto. Conozco la respuesta a esas preguntas.

Sí.

—No tienes por qué disculparle, Liv, me imagino lo difícil que es creer que alguien pueda cambiar tanto en una noche.

Mi prima entra en la cocina y se sienta en uno de los taburetes de la barra.

—No dudo que pueda parecer... demasiado drástico, pero Marissa, te han secuestrado. Es decir, no sabías lo que estaba ocurriendo, qué peligro corrías. Ninguno lo sabíamos. Podrías haber resultado herida o algo peor. Eso es suficiente como para cambiar la manera de pensar de cualquiera.

Le sonrío antes de concentrarme de nuevo en los huevos. Tras batirlos un rato más, los vierto en una sartén caliente.

—Imagino que para demostrarlo necesito tiempo.

Ella no dice nada, pero al cabo de un rato se acerca a mí y busca mis ojos.

—No tienes que demostrar nada, ya has pasado por mucho. Lo único que tienes que hacer es poner tu vida en orden.

—No está desordenada.

—Llegaste a casa antes de tiempo después de un largo viaje, luego desapareciste un par de días. No has ido a trabajar. Mmm... Sí, estoy segura de que lo tienes todo bajo control.

Me encojo de hombros.

—Quizá, pero no le debo nada a nadie. He comprobado que ninguna de las personas que formaban parte de mi vida se preocupan realmente de mí. —Incluso decirlo en voz alta es doloroso, como sujetar una lanza ardiendo y clavármela en el corazón. Porque es cierto—. Además, se supone que todavía debería estar fuera de la ciudad, así que...

—Marissa, yo estoy preocupada por ti. Espero que lo tengas claro. Tu padre también se preocupa por ti... Y tu madre. Estoy segura de que tienes amigos que se preocupan por lo que te ocurre. Es posible que ahora no lo parezca, pero...

—Liv, eres un encanto por intentar que me sienta mejor, pero eres tan consciente como yo de cómo es la gente que me rodea.

Fuiste a la exposición de arte, ¿verdad? Pues trabajo, alterno y, en general, paso casi todo mi tiempo con gente así. Y son horribles, Liv, ¡horribles! Lo sabes tan bien como yo.

Noto que quiere decir algo pero en realidad no puede rebatirme, sabe que tengo razón.

—Mira, Marissa, estás en una posición magnífica para aprovechar una segunda oportunidad. Es la ocasión perfecta para tomar decisiones diferentes y vivir la vida de otra manera. Todo el mundo tiene... tiene que lidiar con personas desagradables, pero no puede esconderse de ellas. Solo hay que tolerarlas lo mejor que se pueda.

—Ya sé que no puedo esconderme, al menos no siempre, pero todavía no estoy preparada para regresar... Quizá dentro de unos días...

—¿No vas a ir a trabajar hoy?

—No. Creo que voy a llamar por teléfono para decirles que me tomo un par de semanas de vacaciones, aunque de todas maneras estoy en un *impasse* entre proyectos. Ya sabes que mi padre me apoyará —digo haciendo unas comillas en el aire mientras pongo los ojos en blanco.

—Pensaba que te gustaba tu trabajo.

Frunzo el ceño mientras revuelvo los huevos en la sartén.

—Y me gustaba... Pero no sé si quiero seguir dedicándome a eso.

No es del todo cierto, pero hay algo que deseo, algo que me reconcome desde que me drogaron y maltrataron, desde que me retuvieron contra mi voluntad. Es algo que significaría un cambio radical en mi vida, algo que sería mal visto por casi todos los que conozco. Por todos menos por Liv. Y seguramente por Nash. Lo que ocurre es que no estoy segura de ser tan valiente como para atreverme a llevarlo a cabo, aunque tampoco estoy segura de que haya otro camino a seguir. De todas maneras, no me parece que tenga otra elección.

# 3

## Nash

Me despierta el olor a comida, concretamente a carne. Si de algo no tengo duda es de que soy un carnívoro voraz.

Abro los ojos en una cama vacía, y seguramente sea lo mejor. A pesar de que no me importaría perderme con Marissa durante un tiempo, no es el momento. Anoche su ternura me consoló y eso es peligroso para mí. No deseo verme involucrado con ninguna mujer. Con ninguna. Y por eso debo pensar que su ausencia es positiva a todos los niveles.

Ruedo sobre la espalda y noto un pinchazo en el costado. No es tan malo como podría ser, pero no me gusta que me duela. Estoy seguro de que la medicación que me dio el doctor es la mejor, pero no suelo estar enfermo, por lo que tolero muy mal incluso el leve dolor que estoy sintiendo ahora. Resulta una sorpresa desagradable.

Hago caso omiso de ello, como si no tuviera un profundo corte en el costado, y me siento en el borde de la cama. La cabeza me da vueltas y me quedo inmóvil hasta que deja de hacerlo.

«¿Qué demonios puso ese capullo en el cuchillo? ¿Algún veneno capaz de joderme pero no de matarme?».

Me pongo en pie y me dirijo al baño con pasos titubeantes. Necesito orinar antes de enfrentarme a una casa llena de gente en la que no confío. Preciso estar en mi mejor momento y me irrita sobremedida notar que el costado sigue doliéndome y que el mareo no desaparece. Esto significa debilidad y eso es algo que no tolero. En absoluto.

Me siento un poco mejor después de lavarme la cara y de dejar

que mi cuerpo se acostumbre a estar erguido. Cuando busco mi imagen en el espejo, me digo a mí mismo que estoy mejor. No dispongo de tiempo para estar enfermo, herido o dolorido, así que ignoraré lo que siento. Aún así, el sordo dolor en el costado hace que resulte tan maleducado como siempre cuando sigo mi olfato hasta la cocina.

Me gruñe el estómago cuando veo a Marissa delante de los fogones poniendo unas salchichas sobre un papel para absorber la grasa. Resulta sexy incluso cuando está haciendo algo tan mundano y doméstico como cocinar, pero no es eso lo que me molesta. Es el hecho de que disfruto viéndola hacer una actividad tan sencilla. Llevo demasiado tiempo fuera de la civilización, lejos de mi casa, del amor y de la vida que conocía. He aprendido a no echarla de menos... hasta ahora.

Lucho contra cualquier cosa distinta al deseo de bajarle los pantalones, sentarla en la encimera y tomármela como desayuno antes de que salte el tostador. Me recuerdo a mí mismo que el evidente interés de Marissa en mí es estupendo, siempre y cuando se limite a algo puramente físico. Por lo menos por mi parte... Y no me importa lo que suponga para ella, no puedo permitírmelo.

Pero, ¿para mí? Tengo que ser muy cuidadoso en cómo me involucro. En el instante en que empiece a sentir algo... más profundo, tengo que alejarme. Llevo muchos años solo, no necesito a una mujer en mi vida. Es decir, dejando a un lado la parte más física y carnal. No tengo pensado que nadie me arrastre hacia un sentimiento que implique algo distinto a la lujuria.

Me mira por encima del hombro y se ríe de algo. En ese momento me doy cuenta de que Olivia está sentada en un taburete frente a la barra central. Mientras Marissa se vuelve de nuevo hacia los fogones, nuestros ojos se encuentran. Noto que su sonrisa se hace más profunda antes de saludarme.

—Buenos días.

Gruño una respuesta por lo bajo y me acerco a la nevera. La abro para observar lo que hay dentro antes de volver a cerrarla. Canalizo todo lo que siento en la ira, como he hecho durante los

últimos siete años, al tiempo que apoyo la cadera en la encimera y concentro toda mi atención en Marissa.

—Entonces, ¿por qué todo este peloteo?

Su sonrisa desaparece antes de que se vuelva hacia las salchichas. En la cocina se hace un silencio tan tenso que el chisporroteo de estas últimas en la sartén resulta ensordecedor.

—Nash, eso es absolutamente injusto por tu parte. Eres...

—Olivia, no pasa nada. —Marissa interrumpe a su prima.

Después de una larga pausa, en la que es evidente que tiene que tragarse unos cuantos improperios hacia mí, Olivia se aclara la voz.

—Bien, creo que iré a despertar a Cash y luego pondré la mesa, ¿vale?

No espera respuesta, simplemente se levanta y se va. Cuando pasa junto a mí está rígida como una tabla, lo que me hace suponer que si levantara la vista en ese momento, vería chispas en sus ojos.

«Es una fierecilla».

Y me gustan las fierecillas... hasta cierto punto.

La furia puede convertirse en algo irracional e inestable, lo que no supone nada positivo para mí en una mujer. Imagino que es una de las pocas cosas que me unen a mi viejo yo. Valoro a las mujeres inteligentes que saben lo que quieren... salvo en la cama. Allí me gusta que sean ardientes; salvajes y dispuestas. No hay nada mejor que una mujer dispuesta a todo.

El ruido en la sartén hace que me concentre de nuevo en Marissa. Tiene los labios apretados en una fina línea, lo que me hace pensar que tiene algo que decir.

Y tengo razón.

—Tú no sabes el tipo de persona que era —afirma en voz baja—. No sabes lo que se esperaba de mí; lo que mi padre quería que fuera.

—¿De verdad piensas que no vigilaba a mi hermano cuando venía a la ciudad? Sé exactamente el tipo de persona que eras.

Me mira y percibo la multitud de emociones que atraviesan su rostro; la última es vergüenza.

—Entonces sabes lo mucho que tengo que compensar.

—¿Piensas que besándole el culo lo conseguirás?

—No. Bueno... Imagino que siento la necesidad de arreglar las cosas, especialmente con Olivia.

—¿Y eso cambiará algo? ¿La forma en que la trataste? ¿Cómo te comportabas con todos?

Ella alza la cabeza para mirarme con aquellos ojos azules brillantes por la furia.

—¡Por supuesto que no! Pero demostrarle que ahora sí me preocupo por ella no va a hacerle daño.

Asiento con la cabeza. Supongo que tiene razón.

—¿Por qué das tantas vueltas? ¿A quién le importa lo que piense? ¿Lo que piensen los demás?

Ella me mira a los ojos y alza levemente el mentón.

—A mí me importa. Me importa mucho.

—Ya estamos otra vez... Es lo mismo, ¿verdad? ¿Es ese tu talón de Aquiles? ¿La percepción? ¿Mantener las apariencias?

Abre la boca como si quisiera discutir, pero la vuelve a cerrar sin decir nada. No puede añadir ni una palabra, sabe que tengo razón.

Olivia elige ese momento para regresar con Cash, mucho antes de lo que me hubiera gustado.

—Ya veremos cuánto te dura después de aterrizar en el mundo real —susurro finalmente a Marissa.

—Huele de maravilla, Marissa. Me muero de hambre —interviene Olivia—. Y sé que no soy la única, estos cavernícolas también —añade con una sonrisa. Observo que Marissa se esfuerza en responder con otra, pero resulta demasiado forzada. De repente me parece que allí hay demasiada gente. Mi mirada se encuentra con la de Cash; parece molesto... y debería estarlo. Con tipos como Duffy correteando por ahí, con matones y asesinos sueltos, ninguno de nosotros está a salvo. Pronto se dará cuenta de que tenemos que ocuparnos de algunos asuntos...

...A mi manera.

Nos miramos en silencio el uno al otro mientras las chicas llevan el desayuno a la mesa. Cuando nos sentamos y veo que todos

se ponen la servilleta en el regazo mientras mantienen los codos fuera del tablero, me siento todavía más lejos de la civilización. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que compartí mantel con personas que no fueran una banda de traficantes a bordo de un barco. No he olvidado las normas básicas de comportamiento, pero ver aquello resulta un desagradable recordatorio de la vida que perdí. De la existencia que Cash ha vivido en mi ausencia.

—Bien. Nash, ¿qué planes tienes ahora que estás de nuevo vivo? —me pregunta Olivia en tono casual.

—Por lo que sé, poseo un apartamento en una buena zona. Estaba pensando en trasladarme allí —respondo, desafiando deliberadamente a Cash.

—¿De verdad? Puedes quedarte aquí durante un tiempo. Por lo menos hasta que se resuelva todo esto. Es decir, Marissa todavía corre peligro y pensaba que...

—Tú has pensado que como ha sido tan estúpida como para salir con mi hermano mientras se hacía pasar por mí y se ha metido en problemas, debería quedarme y ocuparme del desastre.

Sé que mi comentario ha sentado como un tiro, pero es cierto y nadie puede refutarlo. Creo que eso es lo que más les jode. No miento ni lo pretendo. No digo las cosas como si llevara guantes de seda, las expongo como son. No es culpa mía que no les guste escuchar la verdad, pero más vale que se acostumbren a oírla cuando esté cerca. He tenido que vivir con la realidad muy presente durante un montón de años y sí, es una mierda. ¡Es una puta mierda! Pero por lo menos siempre estaba preparado para lo peor. No se consigue nada escondiéndose de la verdad. Nada. Nunca.

—Puedo cuidarme sola —interviene Marissa antes de que la tensión derive en algo peor.

Miro su preciosa cara, los delicados rasgos, la evidente incomodidad que se refleja en ellos, y me siento mal por estar siendo tan... capullo, cuando ella solo trata de ser considerada.

—Imagino que podría quedarme aquí algunos días... Nunca se sabe... Si vienen a por tí, podría tener la oportunidad de sol-

ventar unos errores sin mi querido hermano, aquí presente, para chafarme el asunto.

Lanzo a Cash una sonrisa de suficiencia. Sé que no le gusta la idea de dejar la cuestión en mis manos más de lo que le gusta permitir vivir a esos psicópatas, pero sea cual sea su preferencia, existe un compromiso. Ellos todavía no han muerto y yo sigo aquí, aceptando las reglas de Cash. ¿Por qué? No lo sé. Quizá todavía conserve en mi interior una pequeña parte de la buena persona que solía ser y esa minúscula porción hace que me contenga. Sin embargo, no siempre será así. Por ahora lo haré, pero Cash está loco si piensa que no conseguiré la venganza que quiero. La obtendré. Duffy, así como los hijos de puta que le ordenaron hacer pedazos el barco de mi familia, pagará un alto precio por todo lo que me costó. Solo es cuestión de tiempo.

—Esperemos que eso no ocurra hasta que podamos hablar con papá y obtener alguna información más. Así podríamos elaborar otro plan.

—Tengo una herida en el costado que indica que no van a ser precisamente pacientes. Esto no ha acabado todavía, así que será mejor que actuemos con rapidez —le recuerdo al tiempo que me frotó la dolorosa incisión.

—Eso significa que tenemos que hablar ya con papá.

—Estoy de acuerdo. ¿A qué esperamos? Vamos hoy mismo.

—Esta mañana tengo que resolver algunos asuntos, pero tengo la tarde libre. Aunque tengo que regresar a tiempo de recoger a Olivia en la universidad.

—Te he dicho que yo... —Olivia comienza a discutir, pero Cash la interrumpe.

—Ya sé qué has dicho, pero te respondí que no hay nada más importante para mí que asegurarme de que estás a salvo. Da gracias de que no te acompañe a clase.

Se inclina para besarla en el cuello y ella sonrío.

—Si estuvieras conmigo en clase no aprendería nada.

—Eso tiene arreglo. Estoy seguro de que podré enseñarte un par de cosas.

Ella se ríe y él le pellizca una oreja de manera juguetona. Una

vez más me enfrento a la odiosa sensación de que Cash disfrutó de una vida perfecta mientras que yo acabé en el exilio. De que lo he perdido... todo.

Reprimo todos los comentarios sarcásticos que se me ocurren, me aclaro la garganta y continúo hablando como si no se estuvieran devorando el uno al otro con la mirada.

—Es evidente que estoy libre, así que... —Se me ocurre clavar los ojos en Marissa y noto que también ella está un poco incómoda. No sé si es porque su antiguo novio está colgado por su prima o si es por otra cosa—. Si tienes que hacer algo hoy, Marissa, puedo acompañarte y protegerte.

—No es necesario —dice con elegancia. Sin embargo, sigue con esa expresión molesta en la cara—. De todas maneras, todavía no sé qué voy a hacer.

—¿No vas a ir a trabajar?

—Todos, salvo mi padre, piensan que todavía estoy fuera de la ciudad, así que tengo unos días de descanso.

—¿Y qué?

Nunca me ha gustado la inactividad.

Ella encoge los hombros.

—Quizá debería estudiar un poco.

—¿El qué? —inquiero al instante.

Ella se aclara la garganta. Tengo la sensación de que, por alguna razón, se siente incómoda con mis preguntas.

—Derecho penal.

—Ah... —respondo, reclinándome en la silla—. Así que no soy el único que quiere venganza, ¿verdad?

—Yo no he dicho eso —replica, mirándome.

—No es necesario que lo digas.

—Como Cash, creo que tiene que existir una manera legal de lograr todas nuestras metas.

—¿*Nuestras* metas?

En sus mejillas aparece un intenso rubor.

—Nos guste o no, estamos todos en el mismo barco.

—¡Eso mismo pienso yo! —interviene Olivia apasionadamente—. Por eso debemos mantenernos unidos.

—Lo creas o no, Nash es en realidad el cerebro de la familia. Seguramente sería de gran ayuda en la investigación. Por supuesto, habría que explicar su presencia a todos los que trabajan en el bufete de tu padre.

—Lo cierto es que estaba pensando en ir a la biblioteca del condado. Ya sabes, para evitar... a todo el mundo.

¡Oh, sí! Marissa está ocultando algo, eso fijo. O quizá esté evitando a alguien. Por alguna razón, su actitud me intriga. No parece el tipo de mujer que se ande con secretos. Y por lo que vi en la relación que mantenía con mi hermano, le gustaba llevar la voz cantante. Eso hace que me sorprenda todavía más verla tan perdida. Claro que puede ser un efecto secundario de haber sido secuestrada. Y maltratada... durante un par de días.

¡Joder! ¡Menuda semana de mierda!

—Eso sería lo mejor —conviene Cash—. Si vieran a Nash, seguramente pensarían que está relacionado con alguno de tus casos penales. No te ofendas, tío, pero tu aspecto es bastante lamentable.

Se encoje de hombros y yo me río.

—Por suerte no tengo deseos de engañar a nadie ni de fingir ser alguien que no soy, así que...

Cash es consciente del sutil recordatorio de la vida de mentiras que ha vivido. Sé que ha sido un golpe bajo, pero no estoy de humor para ser suave. Ya me he aguantado durante siete años.

Después de lo ocurrido durante los dos últimos días, mi estado de ánimo está más sombrío de lo habitual. Quizá solo necesite aliviar un poco la tensión.

«Tengo que echar un polvo».

Mis ojos y mis pensamientos se concentran al instante en Marissa. Voy a tirármela en breve, y será ella la que me ruegue que lo haga. Solo espero que tenga claro que será solo sexo, ya ha sufrido suficiente sin necesidad de acabar con el corazón roto. Sin embargo, me recuerdo que eso no es problema mío.

«Cash tiene razón, eres un gilipollas, tío».

El problema es que no encuentro ninguna razón para que eso me preocupe.